

LA RESERVA DEL ETNÓGRAFO
(J. L. BORGES: “EL ETNÓGRAFO”)

Kirsten Mahlke

No seas precipitado en tus palabras y que tu corazón no se apresure a proferir una palabra delante de Dios, porque en los cielos está Dios, y tú, en la tierra. De la muchedumbre de las ocupaciones nacen los sueños y de la muchedumbre de las palabras nacen los despropósitos. (Ecl. 5, 1-2)¹

EJERCICIOS EX-CÉNTRICOS

El Etnógrafo”, uno de los cuentos tardíos de Borges, del libro *Elogio de la sombra* (1969), revela una ruptura doliente, inconciliable entre dos culturas: el racionalismo occidental y la oralidad indígena. Ni siquiera la figura del mediador cultural profesionalizado, el etnógrafo en la persona de Fred Murdock, logra establecer un puente verbal. El cuento se resiste a una interpretación subordinada a la corrección política como la

¹ Eclesiastés, 5, 1-2; titulado “De la parquedad”, en: Jorge Luis Borges, *Libro de sueños*, pág. 26.

que intenta Pennington, quien lo analiza en un contexto postcolonialista y lo define como 'comentario cultural' (104). Es de valor dudoso el intento de clasificar al protagonista, Fred Murdock, como descendiente de los conquistadores que al final tiene la capacidad moral de reconocer sus errores no revelando nada de sus experiencias etnológicas para salvar la integridad de la comunidad indígena. Si bien es cierto que el lector está pendiente de descubrir el secreto, el texto como hecho literario es más complejo y menos claro en el nivel discursivo. El cuento está compuesto por pocas palabras precisas. Lo contado y lo no contado se mezclan en una historia semejante a un esbozo biográfico. El lector queda envuelto como protagonista, investigando las huellas que va dejando el narrador, quien ya le advierte en la introducción al *Elogio de la Sombra* de las trampas auotorales producidas por "pequeños incertidumbres simuladas" (2: 353). La diferencia estereotípica occidental entre 'hecho' y 'ficción' se muestra inútil ya desde el inicio. El presente artículo tratará de seguir el 'ejercicio ex-céntrico' (Moraña 263) en el contexto histórico-antropológico, iniciado por Mabel Moraña, que hace un esfuerzo para evitar ciertos extravíos teóricos postmodernistas:

La romantización de la alteridad, la absolutización de la otredad como lugar de un privilegio epistemológico reconocido casi como una concesión compensatoria, son algunas de las avenidas por las que se ha orientado este proceso de apropiación conceptual en las últimas décadas. (264)

El peligro de caer en esa poderosa estructura occidental y racional inherente a toda ciencia: la teorización de *lo otro* sin generalizar, homogeneizar y racionalizar la diferencia parece insuperable (cf. Moraña 265). Buscando un camino alternativo, me acercaré al texto considerándolo como forma mediadora de provocación verbal en forma escrita –con atención especial al problema antropológico y social del secreto. La pregunta fundamental de mi análisis es: ¿Cómo se traduce oralidad en literatura sin afirmar la vieja similitud entre traductor y traidor? El narrador del cuento demuestra y disimula al mismo tiempo su papel significativo en este acto comunicativo.

¿CONTAR O NO CONTAR?

La relación entre el número y el infinito es análoga a la del cuento y lo contable. Ambos requieren un acto selectivo: contar. En el mundo narrativo borgesiano, el infinito (espacial y temporal) y lo contable están simbolizados por la biblioteca. Siempre que se cuenta un cuento se le roban sus posibilidades infinitas, pero estas siguen actuando como fuerzas subterráneas, luchando en silencio contra lo narrado. Esto supone un esfuerzo que solamente puede evitarlo quien se abstiene de contar el propio cuento. ¿Cómo salvarse de esa situación paradójica? La persona en cuestión es un joven estadounidense que, por encargo de su profesor universitario, se va a una reserva indígena en América del Norte. Allí debe iniciarse en una sociedad que le es ajena, para, finalmente, volver a la universidad y verter los resultados de su investigación en una publicación. El meollo de la narración es el acto de negar: "Dijo que sabía el secreto y que había resuelto no revelarlo" (3: 367). El cuento se puede leer, formulando una paradoja, como poética de la palabra retenida: no sólo porque los resultados de la investigación finalmente no llegan a publicarse sino por lo que se refiere a cada uno de los niveles narrativos pensables de este breve cuento. "El caso me lo refirieron en Texas" (367), comienza el yo-narrador y, en seguida, desaparece del cuento para no volver a darse a conocer como entidad definida, sino más bien como alguien que duda de su propia memoria. El lugar donde es testigo de oídas de este "caso" sí lo menciona -Texas- pero por lo visto el lugar no tiene importancia puesto que todo "había acontecido en otro estado" (367). Vale la pena de notar que Texas, en un poema borgesiano del mismo título, es el estado que simboliza el infinito "campo en que muere solitario el grito" (2: 279). Los que le informan al narrador permanecen en el anonimato y resulta que lo vago, que desde la primera frase del cuento se extiende como una niebla sobre su origen, se convierte en la llave para su comprensión: es la reduplicación estructural del secreto. Al igual que el narrador en el cuento, el etnógrafo desaparece de la reserva una mañana después de dos años "sin haberse despedido de nadie" (2: 367). Ni

el cuento nos deja reconstruir con seguridad el lugar de los acontecimientos, ni el etnógrafo deja huellas de sus observaciones, anotaciones e iniciación. Los lazos se deshacen nada más hacerse. El movimiento entre la afirmación y la negación –que a nivel narrativo queda plasmado, bien sea como simple inciso entre frase principal y subordinada, bien como oxímoron, o bien como subordinada condicional– rompe la unidad del cuento del principio al fin. La estructura sintagmática refleja el tema subyacente antropológico de las relaciones culturales, sociales y personales. La frase más significativa en ese complejo me parece la última: “Fred se casó, se divorció y es ahora uno de los bibliotecarios de Yale” (368). La relación matrimonial, estructura básica social, está hecha y deshecha sucesivamente sin explicación biográfica añadida. La vida se esconde en el abismo de una coma.

MILES DE PROTAGONISTAS Y DOS ETNOLOGOS

Todas las relaciones se muestran oscilantes. El mismo narrador que se introduce como enterado de la historia, a su vez transmitida oralmente, ya en el primer párrafo pierde el hilo referencial que le ata a Fred Murdock: El lector queda desconcertado cuando, al presentar al único protagonista como hombre alto y “de muy pocas palabras” (367), en la misma frase se introduce la duda en el recuerdo “se llamaba, creo, Fred Murdock”, admitiendo su falta de seriedad. Su ser resulta de la negación: no era “ni rubio ni moreno”, “nada singular había en él”, e incluso es menos todavía que lo no-especial: “ni siquiera la fingida singularidad que es propia de los jóvenes”, lo que le convierte en una negación de lo fingido y con ello, a su vez, en alguien singular. Resulta que el narrador oyó el cuento por casualidad en Texas, tal y como el narrador de Cervantes recibe la narración sobre Quijote (¿o Quijada?, ¿o no se llamaba Quesada?, ¿Alonso Quijano?), aunque ésta debería ser conocida por todos. También debería serlo el hecho de que ese escuchar por casualidad contiene una gran medida de falta de fiabilidad, lo que le da la posibilidad al que lo recuenta de escoger una (u otra) entre mil posibilidades.

El narrador de Cervantes escoge "Don Quijote", consciente de que para ganar credibilidad tiene que decidirse por un nombre, y el de Borges es casualmente "Fred Murdock". Este procedimiento de la tradición oral lo desenmascara el narrador de Borges como algo selectivo y arbitrario: en este caso, pues, sólo habría este único protagonista "salvo que en toda historia los protagonistas son miles, visibles e invisibles, vivos y muertos" (2: 367). Se puede leer esta relativización enigmática de la anterior fijación en un personaje determinado como prehistoria narratológica: de mil protagonistas –muertos y vivos, visibles e invisibles– se escoge este, para así hacer de la posibilidad de narrar una narración. O también como paráfrasis de la frase principal que, en vez de seguir especificando lo uno, lleva a extenderse en cantidad, lugar y tiempo. O también, y no bastante con esto, califica la (contada) como historia (universal). En tal medida no puede entenderse como deficitaria, como una historia que aún ha de ser contada, sino como una co-existencia consciente del uno con los otros que pululan sub- o surreal en este cuento. Si se escucha al uno, los otros no son oídos pero no por eso dejan de existir. Los protagonistas visibles e invisibles se relacionan con Fred Murdock de una manera que condicionan sus movimientos en el espacio, las pocas palabras que pronuncia y su historia personal. Si no miles, hay por lo menos dos personas históricas que pueden ser asociadas con el protagonista: El nombre "Fred" en combinación con su profesión de etnógrafo, la fecha de la publicación del cuento y el campo de búsqueda conducen a un etnólogo norteamericano, Frederick Russell Eggan, quien comparte con Fred Murdock la pasión por los libros desde su infancia² y el estudio de las tribus del oeste. Su tesis doctoral contiene los resultados de un año (1932-33) en el "laboratorio de antropología" con los Hopi donde trabaja como asistente del pionero de la antropología funcionalista Radcliffe-Brown. Su mayor conquista

² Una nota biográfica por Evon Z. Vogt dice: "Fred's love of books was further enhanced when, at the age of twelve, he contracted a serious case of typhoid fever and was not permitted to attend school for a year. He promptly discovered the public library, where he happily spent most time of the year."

metodológica es "Method of Controlled Comparison"³, de 1954, seguida por estudios sobre alianzas y descendencia en las sociedades de los Hopi.⁴ Una de las características culturales de los Hopi es su valorización de cultos de secreto. Eggan la explica con la conquista española a finales del siglo XVI: "The unremitting efforts of the Spanish missions to stamp out native religious practices were largely responsible for the patterns of secrecy" (*Pueblos* 224). Aunque no menciona a Fred Eggan, Mabel Moraña da una perfecta descripción del "pattern of secrecy" de los Pueblos cuando alude a la abstinencia verbal de Fred Murdock:

Una posibilidad distinta, más escéptica, sería la de que ese silencio no contuviera, en realidad, ningún secreto, y fuera solamente la forma desalentada y melancólica –quizá también arrogante y premeditante engañosa– a través de la cual se expresa el fracaso del individuo o de la disciplina: Murdock no oculta nada, lo que ha fracasado es la aventura del conocimiento y esa ineficacia la que resulta incomunicable." (271)

En vez de calificar el secreto de forma 'desalentada y melancólica', quisiera subrayar el acto mimético que realiza el protagonista como experto en los indios, al mismo tiempo que niega la verbalización del secreto. Así, Murdock puede publicar y no publicar la cultura extranjera. Observa los ritos iniciáticos de las dos culturas con 'patterns of secrecy' a la vez: la de los Hopi y la de los académicos norteamericanos. Ambas están estructuradas por secreto, que no es definido por su específico contenido, sino por su expresión de poder social. Georg Simmel afirma en un estudio socio-psicológico que la forma sociológica del secreto determina todas las culturas: organiza la vida política y social, y condiciona toda ficción. Define el secreto como "una de las mayores conquistas de la humanidad". El secreto, según él, "ofrece la posibilidad de un segundo mundo aparte del mundo manifiesto".

³ Frederick Russell Eggan, "Social Anthropology and the Method of Controlled Comparison" y "Pueblos: Introduction".

⁴ Los estudios mencionados son: Eggan, "Alliance and Descent in a Western Pueblos Society" y "From History to Myth: A Hopi Example."

sto, siendo que el uno influye en el otro de manera extraordinaria" (317)⁵.

Mabel Moraña también sugiere que el apellido del protagonista, , puede ser una alusión a un otro antropólogo, George Peter Murdock, fundador del inmenso proyecto universitario de Yale "Human Relations Area Files" (desde 1949), para el cual coleccionó datos sobre las relaciones del parentesco de doscientas cincuenta sociedades. En su colección de ensayos científicos se incluye una nota biográfica que muestra que el interés etnológico no se reduce al "objeto" científico, sino que se extiende a su misma persona. Puesto que también presenta su propio linaje patrimonial hasta sus ancestros colonizadores del año 1690 (Eggan, "Alliance" 361). Mientras Eggan subraya la particularidad y la valorización de cada pequeña estructura social de los pueblos indígenas, G. P. Murdock se interesa por la vista de conjunto, el todo y lo universal, como la estructura elemental del matrimonio y las formas de la familia. Ambos son comparatistas y anhelan un relativismo cultural, 'controlado' (en vez de 'arbitrario').

EL OTRO ESTADO

El estado de Texas está, en relación con los otros estados no nombrados, al alcance de la transmisión de un mensaje oral. Fred Eggan y George Peter Murdock pasaron sus estudios etnológicos en Arizona, parte de la Nueva España durante la colonización española. Pero el narrador no dice nada de esto. Nunca y en ninguna parte tiene él -omnisciente- más que decir que antes de contar su historia. Pero si en cada historia los protagonistas no contados siguen existiendo como las personas de la historia universal en los archivos y en los registros de nacimiento sin escribir, también aquí fantasmagorean en esta historia concreta, que les ha sido presentada a los lectores como "el caso". Ya en este momento en que nada se ha conseguido, a no ser el que no

⁵ "Das Geheimnis [...] ist eine der größten geistigen Errungenschaften der Menschheit.[...] Das Geheimnis bietet sozusagen die Möglichkeit einer zweiten Welt neben der offenbaren, und diese wird von jener aufs stärkste beeinflusst."

podamos representarnos al protagonista, resulta que la indicación de lugar de este caso aparece en la penumbra: “en otro *estado*”. Podría decirse que la historia no ha tenido lugar en otro *estado* político sino en otro *estado* de ánimo; posiblemente se incline más hacia la calificación del narrador que a la del protagonista pero, en cualquier caso, sin poder decidirse semántica y sintagmáticamente. El otro estado podría explicar los instantes de duda y de inseguridad, de la misma manera que podría darse una distancia espacial y temporal entre lo oído y lo ocurrido. Habrá que ver si se llega a una conclusión al respecto siguiendo el texto. Fred Murdock, el protagonista sin atributos,⁶ o más bien, el protagonista que se caracteriza por la cualidad de no poseer atributos específicos “no descreía de los libros ni de quienes escriben los libros” (367). Se le mantiene extrañamente alejado de la reticente decisión del narrador de –finalmente– contar la historia, ésta, que es la de Murdock. No es que a Murdock no le gusten los libros y los escritores, sino que en este sentido no es desconfiado; de donde resulta, en primer lugar, un apartarse de la transmisión oral del cuento y, en segundo lugar, una doble negación más en la definición del carácter. La relación directa entre la persona y sus atributos se interrumpe aunque es palpable. Algo parecido ocurre con la relación difusa entre la visualización narrada y su realización: cuanto más lejos se imagina el punto de partida de lo narrado (no en Texas), menos clara queda la diferenciación: era alto “a la manera americana” (367), o sea, de manera mucho más generalizada de la que hubiera sido posible describirlo allí mismo en presencia del oyente. Lo mismo ocurre con la descripción de su cara: no se le ve de frente y solamente a lo lejos “con perfil de hacha”. El perfil también es difuso por la variabilidad de su semántica contradictoria: “hacha” se refiere tanto a la herramienta, dándole algo bruto, ingenuo a su fisonomía, como también hace referencia al genio. En el perfil, una vez más, reaparece la ruptura entre las posibilidades de lectura.

⁶ La resonancia de *El hombre sin atributos* de Robert Musil es intencionada aunque en este artículo no se llegue a exponer. Seguro que valdría la pena seguir en esta dirección.

Este joven, pues, se encuentra en una relación extrañamente torpe con los libros y los escritores, no con un libro u autor definido, entiéndase, sino en una relación que se corresponde con la que mantiene consigo mismo: "Era suya esa edad en que el hombre no sabe aún quien es" (367). Él está, si se quiere, al principio de ser contado, en un estado que corresponde propiamente a lo no dicho de la historia, en un estado en que todo es posible, en que nada está aún decidido. El caos que no deja ver los detalles hace posible al mismo tiempo el instante de la creación: "listo a entregarse a lo que le propone el azar" (367). Si ahora se dice de Murdock que se habría decidido por estudiar las lenguas indígenas al oeste de los Estados Unidos esto significa para él, a su vez, renunciar a "la mística del persa o el desconocido origen del húngaro, las aventuras de la guerra o el álgebra, el puritanismo o la orgía" (367). El estado al mismo tiempo doloroso y placentero de tenerlo todo por delante fácilmente puede llegar a colapsar al azar y materializarse irreversiblemente, como el estado de un elemento atómico inestable se materializa uniéndose al electrón complementario más próximo. Es el estado liminal,⁷ tal y como ha sido descrito por la etnografía para individuos de sociedades tradicionales, como un ya-no y un todavía-no pertenecer a grupos sociales. Las personas que se mueven en este umbral viven peligrosamente y se suele evitar su presencia: no están integrados en el sistema familiar y de valores de la comunidad. La diferencia entre orgía y puritanismo no se puede discernir desde su posición sin límites. El colectivo no puede soportar la incertidumbre de su futura categorización hasta que ésta no desaparece física y espiritualmente a través de un cierto período de ritos dolorosos que se celebran al margen de la comunidad.

En el caso de Murdock, la incertidumbre se anula en cuanto su profesor de etnología le propone ir a investigar sobre el terreno. Él acepta agradecido y puede enlazar la decisión tomada "con alacridad" con la genealogía de su familia: uno de sus antepasados había fallecido en las guerras fronterizas contra los

⁷ El primer estudio sistemático es de Arnold van Gennep, *Rites de Passage*, 1908, donde se divide un ritual de iniciación en tres fases: la de separación (*séparation*), la de traspaso del umbral (*marge*) y la de reintegración (*agrégation*).

indios. El protagonista se siente destinado a curar la vieja “discordia de sus estirpes” (367) y, así, va como etnógrafo a una reserva para vivir con los indígenas y observar sus ritos esotéricos. La obligación académica que le han relegado es dejarse iniciar por los brujos para después publicar los secretos de la sociedad indígena en una tesis. Para alcanzar esa meta, mágica para sus asuntos personales como para los de su profesor, no se amedrenta ante ninguna dificultad ni teme perderse en lo ajeno en un proceso de pérdida de lo conocido. Como persona sin características destacadas es idóneo para asimilar la imitación cultural y ejercer la profesión de etnógrafo. Habita en la pradera, ya sea en casas de adobe (los Hopi viven en casas de adobe) o a la intemperie, aprende el idioma, se adapta a la vestimenta, a los sabores y a la manera de pensar de los indios a la que es reacio su pensamiento lógico, finalmente hasta sueña en “un idioma que no era el de sus padres” (367). Se describe la aculturación sucesiva de Fred Murdock de una manera que no desvanece sino presenta explícitamente el dilema entre rechazo y deseo,⁸ típico para el estado-umbral del etnólogo: “Acostumbró su paladar a sabores ásperos, se cubrió con ropas extrañas, olvidó los amigos y la ciudad, llegó a pensar a una manera que su lógica rechazaba” (367). Todavía es reconocible como el estadounidense blanco aunque sólo sea por el rechazo de su pensamiento lógico y por la conciencia de que los sabores son ásperos y las ropas extrañas.

LA LECTURA INICIÁTICA

El proceso iniciático también ha avanzado a otro nivel: con la animada decisión del joven, cuyo carácter inasible al comienzo del cuento hace oscilar al lector entre la curiosidad y la decepción, desaparece, de repente, cualquier duda acerca de la credibilidad del narrador. La resistencia contra toda no-forma de apariciones nebulosamente cubiertas, cuyas sombras son gran-

⁸ Este fenómeno se describe de manera ejemplar en el libro sobre rechazo y deseo en la historia de la etnología de Karl-Heinz Kohl.

des y numerosas y amenazan con irrumpir en cada esquina de la narración, cede alegremente ante una curiosidad por conocer lo que, aún siendo también amenazadoramente extraño, recibe un contrapeso estabilizador ante la promesa de dar a conocer un secreto. El salto a la univocidad aniquila todas las dudas anteriores, aún cuando para el lector la imitación del que está siendo iniciado no puede llegar a completarse. Llega a ser doloroso el ver cómo Fred Murdock, quien por adoptar piel, idioma y sueños ajenos se aleja cada vez más de lo conocido acercándose paulatinamente al secreto, después de meses de trabajo destruye sus "notas sigilosas". ¿Por qué? En otras sociedades es bien posible que cuadernos de anotaciones despierten suspicacia. O a lo mejor, lo que sería el camino más prometedor en el sendero de la iniciación: "acaso porque ya no las precisaba" (367). Aunque el lector en este punto se tiene que contentar con suposiciones y abandonar el papel de testigo que había asumido brevemente, la frustración no puede durar mucho. La destrucción de notas que "acaso ya no precisaba" no puede sino aumentar la expectativa hacia una pronta iniciación del etnógrafo, la cual promete conllevar una revelación también para el lector. Y efectivamente, por fin ha pasado el tiempo previsto, en el que Fred Murdock, a través de "ciertos ejercicios, de índole moral y de índole física" (367), que no se definen con más detalle, ha avanzado hasta acercarse bastante a una autoridad de la sociedad indígena, y recibe un premio excepcional que también le recompensa por sus esfuerzos etnográficos: "el sacerdote le ordenó que fuera recordando sus sueños y que se los confiara al clarear del día" (367). En este momento, el interlocutor, el sacerdote indígena (Borges también utiliza la denominación de "brujo" pero solo en el despacho del profesor de etnología), asume el papel de la entidad de referencia que se había perdido con la adquisición del lenguaje de los sueños ajenos, el "lenguaje paterno". El perderse en el cuento se realiza a nivel narrativo, con la pérdida de la "patria", a través de lo polisémico de "en otro estado", mientras que, a nivel de la trama, se expresa en la ruptura con los antepasados, con las raíces paternas de la familia y de la sociedad -pues ese perderse, que con el "going native" de Fred Murdock también está

en el no-nombrar su nombre, ahora llega a su fin al otro lado del cuento, a sus espaldas: en lo indecible. La poca identidad que gana Fred (puesto que sólo le es concedida en el corto instante de su animada decisión por el proyecto de investigación) se deshace en una presencia puramente verbal: “se levantaba”, “acostumbró su paladar”, “se acostó”, “olvidó sus amigos” (367). Si al comienzo de “el caso”, no era ni siquiera sujeto, más tarde pierde, en el proceso de aculturación, incluso el estatus de objeto. Y de esta manera ha alcanzado plenamente la condición de su iniciación: “que los hombres rojos lo aceptaran como uno de los suyos” (367). Al mismo tiempo se produce un cambio en la perspectiva del lector: Ya no le vemos a *él* “sentarse en dos sillas y mal sentado”, en todas las sillas que conllevan su adolescencia, su pasado no redimido, su estado entre dos culturas; sino que miramos *como* etnógrafos juntamente con él hacia el interlocutor indígena que se ha convertido en su paternal maestro.

En la luna llena sueña repetidas veces con bisontes, y esta repetición cíclica le incita a dar el último paso y a contárselo al sacerdote. Los sueños de bisontes son finalmente la ocasión para la iniciación en la “doctrina secreta” (367) y, con ello, el punto culminante y final de su misión etnográfica. Él es co-sabedor, pero seguirá siendo el único. No se revela el saber secreto, como tampoco se ha hecho con la existencia o el contenido de las notas secretas. El narrador nos deja sin saberlo y no se sabe si él mismo quizás sabe más o tampoco está informado. Posiblemente sólo el contenido de los sueños pueda guiarnos en dirección a la calidad de la iniciación de Murdock: únicamente nos enteramos de que sueña con bisontes, los animales que históricamente fueron la base de la existencia de los indios norteamericanos antes de la colonización. Tanto con el tema del sueño como con su frecuencia y con la fecha –siempre en luna llena–, que es primordial para el calendario Hopi,⁹ él compensa y reproduce una pérdida cultural que ha sufrido una sociedad que, al principio, le era ajena: la desaparición y el retorno de los bisontes. El momento hi-

⁹ Uno de los bailes de los katchina Hopi es el baile del bisonte. Cf. William Sturtevant.

stórico de su desaparición, que para las sociedades indígenas es traumático, se puede encontrar en la historia familiar del propio Fred Murdock: cuando uno de sus antepasados falleció en las guerras fronterizas con los indios. El bisonte borgesiano en el poema "Bisonte" de la *Rosa profunda* (1975), es el símbolo mismo de los indígenas del Oeste: "En este antiguo toro de durmiente ira veo a los hombres rojos del Oeste" (3: 85). De forma arquetípica son los indígenas mismos lo que el sueño de Murdock reproduce. Por otro lado, acaparado voluntariamente por la lengua, los pensamientos, la manera de vivir de los otros, revive en sus sueños justamente el momento de esta pérdida de ambos lados. Y si se quiere ir más allá e interpretar los sueños según Freud como manifestación de deseos -¿por qué el "maestro" indígena que le ordena al neófito que memorice sus sueños no debería ser un psicoanalista enseñado por Borges?- entonces el retorno cíclico de los bisontes es una prueba irrefutable para la acepción de un subconsciente no sólo individual sino cultural. En este sentido, dar a conocer los sueños de bisontes es prenda suficiente para cambiarla por la doctrina secreta. Es uno de ellos.

Que Murdock en seguida rompa nuevamente con su cultura es algo radical pero no sorprendente: "Una mañana, sin haberse despedido de nadie, Murdock se fue" (367). Más no podía haber alcanzado. El giro en la historia obliga nuevamente a un cambio de costumbres, lo que se manifiesta otra vez en un estado liminal del protagonista: "En la ciudad sintió la nostalgia de aquellas tardes iniciales de la pradera en que había sentido, hace tiempo, la nostalgia de la ciudad" (367). Su sentimiento nostálgico no se refiere, sin embargo, a un estado del pasado (como la sensación de la ropa, de la comida, de los sueños en la reserva), sino al sentimiento de añoranza de otro lugar en sí mismo. El recommienzo en la ciudad se parece, pues, a nivel de los lazos, o mejor, de no tener lazos, al comienzo de la estancia en la pradera, sólo que con una doble quiebra: el recuerdo de la nostalgia es más fuerte que la llegada. El protagonista está retratado por segunda vez en la total resistencia a su falta de lazos; el recuerdo se independiza de los objetos y se adentra en el doble círculo de la enajenación ante sí mismo: la nostalgia de la nostalgia es un estado melancó-

lico que es incurable e impide que acontezca cualquier relación material posible.¹⁰

En este estado el protagonista (cuyo nombre desde el inicio de su actividad no ha vuelto a mencionarse) llega al despacho de su profesor, quien, lleno de expectativas al igual que el lector, intenta disimular su decepción en repetidos amagos: al proferir el etnógrafo que aunque conoce el secreto ha decidido no revelarlo, el profesor reacciona con la pregunta: “¿Lo ata su juramento?” (368), la cual está tan llena de esperanza como sugiere comprensión hacia el asunto delicado. Murdock dice que no, que en las lejanías ha aprendido algo que no puede decir. Y ahora el lector se percata de nuevo de que ha caído en una simple trampa del narrador oral, el cual finge autenticidad refiriéndonos un diálogo, y, sin embargo, el caso aconteció lejos del lugar desde donde se narra y no se conocen relatores que acaso puedan dar testimonio de haber oído contar sobre el haber escuchado este diálogo. Es una suposición banal que se realiza en el propio lector, pues, tras perderse la oportunidad de asistir como testigos a la revelación de un secreto, es comprensible que quiera consolarse: debe de haber sido un juramento. A lo mejor también las dificultades de la traducción –y aquí otra vez se registra un cambio al condicional: “–¿Acaso el idioma inglés es insuficiente?– observaría el otro” (368). La respuesta tiene el efecto de un martillazo, ya que no sólo niega la pregunta sino que viene a ser un desprecio por el quehacer académico: “ahora la ciencia, nuestra ciencia, me parece una mera frivolidad” (368).

En la actitud consciente de guardar el secreto por parte de Fred Murdock, ha encontrado su expresión la despedida de la transferencia del saber y de lo secreto como la avanzada forma occidental de vida, de autoafirmación y de saber. No son los re-

¹⁰ A este sentimiento de “nostalgia del presente” le ha dedicado Borges expresamente un texto en otra obra: “En aquel preciso momento el hombre se dijo:/ Qué no daría yo por la dicha/ de estar a tu lado en Islandia/ bajo el gran día inmóvil/ y de compartir el ahora/ como se comparte la música/ o el sabor de una fruta./ En aquel preciso momento/ el hombre estaba junto a ella en Islandia” (Borges, *OC* 3: 315). No es posible decidir si el deseo tiene una relación causal, temporal o imaginaria con el lugar del hombre.

sultados de la observación los que cuentan, ni la publicación, ni la conquista cartográfica de una mancha más en blanco en el mapa de la racionalidad occidental. Es el propio acto de observar el que aquí despliega su doble sentido: Murdock "ha observado ritos esotéricos" no solamente significa que los ha *visto*, sino también que los ha *seguido*. Después de la iniciación, se le debe de haber otorgado el estatus de aquel al que se sigue y observa. Ahora ya no está fuera, sino unido por lazos a un proceso de obligaciones internas y reciprocidad de favores. Lo que Murdock sabe (y se calla) es que tiene la posibilidad de "enunciarlo en cien modos distintos y aún contradictorios" (368). Lo que en este momento constituye su integridad y su identidad, por primera vez digna de ser mencionada, es lo característico de un portador de secretos y de un hombre de confianza. Es él del que se cuenta aquí algo y el que recibe oralmente una doctrina secreta. Él es lo que no dice y lo que no escribe: *Et no grafo*. La denominación de su profesión, en otra manera de leer la palabra, le separa de la escritura.

Desde el principio ha sido un etnógrafo. El secreto es la sombra de sus incontables pares invisibles y visibles, muertos y vivos, que los lectores han percibido en todo caso como un molesto ronroneo (en forma de un condicional), subyugados como estaban por los misteriosos trucos del narrador y de sus tentadoras palabras con efecto absorbente "hombres rojos", "brujos", "doctrina secreta". Ahora es tarde para compensar esta pérdida. Ya ha terminado el viaje a la reserva del oeste y está de vuelta en un desconocido "otro estado" en compañía de aquel que, con dudosas informaciones a veces, pasadas de boca en boca, aparenta ser persona de confianza, y que completa el acto de poner al lector en evidencia cuando dice: "El secreto [...] no vale lo que valen los caminos que me condujeron a él. Esos caminos hay que andarlos" (368). No basta con apagar su sed de saber a través de lo que le llega a uno de oídas. Con eso sólo se alcanza cierto grado de engaño y, a la postre, de desengaño. El fatalismo inherente a toda ciencia occidental lo ha desenmascarado el etnógrafo excéntrico al mismo tiempo que el cuento borgesiano, Carlos Castañeda, otro etnógrafo de los indios del oeste. Su encuentro y

iniciación sucesiva a los secretos de los caminos secretos a la sabiduría indígena, "the *Yaqui Way of Knowledge*",¹¹ ha sido descrito en su tetralogía sobre "Don Juan", el brujo Yaquí del desierto de Arizona. La crítica científica ha sido demoledora acusando la falta de racionalismo y objetividad¹² mientras los círculos esotéricos lo han celebrado como una nueva droga. Borges es mencionado en ese contexto como referencia fundamental por Joyce Carol Oates: "I only read Carlos's first two books three weeks ago - enjoyed them immensely, but now that it's a hoax I doubt that I'll read the third; for me Borges has done this sort of thing so beautifully." (69) Entre los conceptos de 'realidad' de Fred (Eggan) (G.P.) Murdock por un lado y Castañeda del otro lado se abre un precipicio. Positivismo etnológico de un lado, estilo novelesco y subjetivismo del otro lado. Podrían llamarse las partidas opuestas dos estados inconciliables desde un punto de vista 'superior' occidental. Ese último ya acaba de existir, y Borges ha construido un protagonista a-dialéctico que reúne ambos lados. Sin embargo, la reunión de 'estados' se realiza no en el cuento escrito sino en la lectura.

No es que al lector se le niegue el final de la historia: Fred no vuelve donde los indígenas (lo cual todos hubieran entendido), sino que toma un camino que por fin hace posible reconocerlo como una persona estadounidense socialmente integrada: "Fred se casó, se divorció y es ahora uno de los bibliotecarios de Yale" (368). El final de este cuento de Borges podría ser interpretado como una decisión de Murdock de optar por una saludable mediocridad: como una solución sólida para un individuo inestable

¹¹ Los cuatro libros eran publicados entre 1968 y 1974: *The teachings of Don Juan: A Yaqui Way of Knowledge* (1968), *A Separate Reality: Further Conversations with Don Juan* (1971), *Journey to Ixtlan* (1972) y *Tales of Power* (1974).

¹² En los años 1970 se inició un debate acolorado sobre el contenido real o fictivo de los escritos de Castañeda. Cf. por ejemplo: Daniel Noel. El comentario de Noel sobraya la importancia del carácter pendiente de indecisión entre 'realidad' y 'ficción' para una nueva visión de ambas construcciones: "The debate should be considered salutary. It contributes to understanding the writings because it tends to replicate in the way we look back at the books from the *outside* some of the same ambiguity Carlos confronts *within* them, the wonder and terror we, too experience as we are caught up uncritically in the act of reading." (21-22)

que ha abandonado el lugar entre dos culturas en favor de una existencia segura como bibliotecario. El sabio reconocimiento del hecho de que la búsqueda de secretos y aventuras finalmente acaba en el eremitaje y en el desgaste psíquico. Pero ¿cómo explicar el fracaso de su matrimonio? Llama la atención sobre todo la rapidez con que se narra su vida privada: “se casó, se divorció”. No es un final maravilloso. El matrimonio es un lazo que por un lado lo integra en la historia de su familia y le otorga la función de una pieza que enlaza la sucesión de generaciones, después de haber resuelto el conflicto familiar, condicionado culturalmente, en forma de su actividad etnográfica. Pero al mismo tiempo, este lazo es utópico para una persona que nos ha sido presentada como aquella cuya condición existencial a nivel narratológico, cultural y social es la negación de cualquier ligación. No habría sido Fred Murdock. En una consecuente continuidad de las enumeraciones previas de parte y contraparte, frase principal y frase condicional, pregunta y respuesta negativa, también aquí sucede la negación de lo dicho: “se divorció”. O sea que se siguen cortando lazos en la posterior vida privada y profesional del ex-etnógrafo, y la repentina vuelta hacia el ya cariñoso Fred (sin Murdock) se puede leer como una complicidad del narrador, algo así como: “Conocemos a nuestro Fred, ese no aguanta por mucho tiempo con alguien”, o también como corte genealógico con el pasado y, a través del divorcio y de la falta de hijos, también con el futuro. El corte y el caso aparecen finalmente como condición para el presente: su lugar es la biblioteca de Yale.

LECTURAS CIRCULARES

Pero si esta última frase se considera la única de hecho como hecho, entonces se la podría leer como punto de partida de una biografía, como andamio para la variación narrativa, que el narrador relata en otro estado y por lo menos dos años después de acontecido, sobre un paisano lejano –del que sólo sabe el nombre de pila con seguridad. Por segunda vez no se menciona al final ningún lugar en concreto – tras “Texas” al principio del

cuento. El yo narrador, que es nuestro informante principal, ha reconocido que el caso no ha ocurrido allí donde lo ha oído contar, sino en otro estado, ya sea estado geográfico o estado de ánimo. Veremos que al final las dos cosas son posibles, puesto que el tiempo en realidad no ha avanzado sino que se ha quedado parado en un instante de la imaginación: el protagonista, o sea, Fred Murdock, debía coger el camino hacia el este para observar los ritos e iniciarse en el secreto de un pueblo. Como discípulos obedientes de nuestro maestro y voluntariosos imitadores del protagonista le seguimos por los caminos que hay que recorrer en este cuento. Murdock al final está en Yale y puede ser que ya había recorrido este camino cuando los lectores todavía pensaban que se encontraba en condiciones precarias en chozas de adobe, rodeado por pieles rojas, con amargos manjares en el paladar y bastos atuendos en la piel, en una reserva indígena. ¿Acaso el profesor no le había recomendado “que hiciera su habitación en una reserva” (367)? En Yale hay una biblioteca famosa que es rica en tomos antiguos y donde se encuentra un departamento que en español se llama “la reserva”, donde se guardan los manuscritos e incunables valiosos, y donde seguramente existe la oportunidad de estudiar “la mística persa”, “el desconocido origen del húngaro”, “las aventuras de la guerra” o el “álgebra”. Su postura indecisa pero confiada ante libros y autores ya se mencionó al principio, cuando sólo percibíamos de manera esquemática a Fred, quien ahora se nos parece más a un genio que a un estadounidense cuadrado. La decisión de aprender un raro idioma indígena del noreste se puede llevar a cabo cómodamente sentado en una silla en la sala de la biblioteca, donde se puede recuperar en diversas cabezaditas la posible falta de experiencia sobre el terreno. Frases hechas sobre “ropas extrañas”, “sabores ásperos” y “hombres rojos” no dicen nada sobre observaciones concretas en terreno ajeno. Son puras metáforas para el arte de hablar sobre encuentros con lo desconocido. Y este vacío se inclina, como el elemento deficitario, hacia aquel otro elemento que lo ha de completar y que Borges en un momento decisivo nombra como el “azar”.

En el texto no pone en ninguna parte que Fred Murdock se haya dirigido hacia algún lugar. De indios no se habla, a no ser en el despacho del profesor. Los “hombres rojos”, entendidos como metáfora, no son ningún indicio de la definición del lugar, sino de la arbitrariedad de la mirada colonizadora. ¿Y dónde queda la incisión en el torbellino de significados perdidos que sufre el lector? Fijémonos en el pasaje en donde el joven se decide por la profesión de etnógrafo: alguien relata un diálogo que le da la idea al joven de dedicarse a las lenguas indígenas. Éste provoca el giro decisivo en la vida del futuro etnógrafo. En esta conversación, el profesor le aconsejó a su estudiante “que hiciera su habitación en una reserva”. Si es de suponer que Murdock (después de dos años de formación) toma el camino que le lleva directamente del estudiante al bibliotecario, entonces se debería identificar al sacerdote con el profesor. La palabra “reserva” posiblemente sea otro “hard fact” de esta historia. ¡Haga su habitación en una reserva!, ahí se oye muy por lo bajo lo que en la traducción alemana desaparece por completo y lo que en la versión española (supuestamente precedida de un hipertexto inglés) suena a: ¡Resérvate!, Reserva lo que sabes. La reserva del etnógrafo queda plasmada en la concentración y en el dislocamiento de sus frecuentes sueños (el otro estado) y en el viaje de la tradición oral al sustrato narrativo. Otra vez se llega al final:

Él es *ahora* uno de los bibliotecarios de Yale, y el otro estado es Connecticut.

Un hombre que se niega a publicar personalmente para preservar y mantener disponible todo lo dicho y lo decible en todas sus combinaciones y en todas sus posibilidades infinitas de significados y asociaciones, para “entregarse a lo que le propone el azar”, es, en la metáfora borgesiana, bibliotecario (2: 465-71).

A nivel antropológico él es el habitante de la biblioteca de Babel, de un mundo que no existe fuera de los libros, y el propio narrador no-narrante. Es uno como Borges que, por azar, nos oculta la historia del orientalista, del filólogo, del matemático y

del historiador, para mostrar la paradoja del narrar callando en la persona de un etnógrafo que investiga sobre el terreno.

Kirsten Mahlke
Universität Konstanz

OBRAS CITADAS

- Borges, Jorge Luis. *Libro de sueños*. Buenos Aires: Torres Agüero, 1976.
- . *Obras completas*. Barcelona: Emecé, 1989. 3 vols.
- Castañeda, Carlos. *Journey to Ixtlan. The Lessons of Don Juan*. New York: Simon and Schuster, 1972.
- . *A Separate Reality. Further Conversations with Don Juan*. New York: Simon and Schuster, 1971.
- . *Tales of Power*. New York: Simon and Schuster, 1974.
- . *The Teachings of Don Juan. A Yaqui Way of Knowledge*, Berkeley: University of California Press, 1968.
- Eggan, Frederick Russell. "Social Anthropology and the Method of Controlled Comparison." *American Anthropologist* 56 (1954): 743-61.
- . "Pueblos: Introduction." William Sturtevant (ed.), *Handbook of Northamerican Indians. Vol. 9: Southwest*. Ed. A. Ortiz. Washington: Smithsonian Institution, 1979. 224-35.
- . "Alliance and Descent in a Western Pueblos Society." R. Manners ed., *Process and Pattern*. Chicago: Aldine Press, 1964. 175-84.
- . "From History to Myth: A Hopi Example." *Studies in Southwestern Ethnolinguistics*. The Hague: Mouton, 1967. 33-53.
- Goodenough, Ward, ed. *George Peter Murdock, Retrospective Assessment*. New Haven: Human Relations Area Files, 1988.
- Kohl, Karl-Heinz. *Abwehr und Verlangen. Zur Geschichte der Ethnologie*. Frankfurt am Main/New York: Peter Lang 1987.
- Moraña, Mabel. "Borges y yo. Primera reflexión sobre 'El Etnógrafo.'" Carlos Jáuregui y Juan Pablo Dabove, eds. *Heterotropías: narrativas de identidad y alteridad latinoamericana*. Pittsburgh: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, 2003. 263-86.
- Murdock, George Peter. "Human Relations Area Files" (desde 1949) en <http://library.gmu.edu/research/hraf.pdf>
- . *Culture and Society. 24 Essays*. Pittsburgh: U Pittsburgh P, 1965.
- . *Outline of World Cultures* (desde 1954) <http://www.minitex.umn.edu/cpers/HRAF/description.pdf>.
- . *Social Structure*. New York: Macmillan, 1949.

- Noel, Daniel (ed.). Seeing Castañeda. Reactions to the "Don Juan" Writings of Carlos Castañeda. New York: Putnam's Sons, 1976.
- Pennington, Eric. "Vestiges of Empire: Toward a Contrapuntal Reading of Borges" en *CLA Journal* 42 (1998) pp. 103-17.
- Simmel, Georg. "Das Geheimnis. Eine sozialpsychologische Skizze", en Otthein Ramstedt (ed.), *Gesamtausgabe* Bd. 8/2: *Aufsätze und Abhandlungen 1901-1908*, Frankfurt am Main: Suhrkamp, 1993. 317-23.
- Sturtevant, William (ed.). *Handbook of Northamerican Indians*. Vol. 9: *Southwes* ed. A. Ortiz. Washington: Smithsonian Institution, 1979. 224-35.
- van Gennep, Arnold. *Les Rites de Passage*. 1909. Paris: Picard, 1991.
- Vogt, Evon Z. "Frederick Russell Eggan (1906-1991)" en *NAP Biographical Memoirs series*. <http://newton.nap.edu/html/biomems/feggan.html>.